

El Brasil que somos

Por PEDRO SILVA BARROS

Celso Furtado, el más importante economista brasileño, afirmó en el año 2001 que nunca fue tan grande la distancia entre el Brasil que somos y el que esperábamos ser. Seguramente ninguno de los 190 millones de brasileños proferiría esta misma frase en 2012.

La recuperación de la autoestima fue una de las más importantes consecuencias subjetivas del proceso que llevó a Brasil a lograr compatibilizar el crecimiento económico con la distribución del ingreso, la disminución de la pobreza con fortalecimiento de la democracia y de las instituciones y la disminución de las asimetrías regionales con autonomía en su orientación de desarrollo y fuerte inserción internacional.

Hay tres elementos fundamentales para entender el Brasil de hoy. (i) La consolidación de los derechos sociales de la Constitución de 1988 con universalización de hecho y fortalecimiento de las instituciones, (ii) la reversión de las políticas liberales de los años 1990 con más participación estatal en la

economía y fortalecimiento de la banca públicas y (iii) la re toma de la búsqueda del desarrollo, después de dos décadas de predominio de políticas de corto plazo y sin planificación.

Brasil fue uno de los países del mundo que más creció a mediados del siglo XX. Superando su característica agro-exportadora, impulsó un proceso de industrialización a partir del 1930 y creó industrias de base, grandes empresas estatales en los sectores minero y petrolero, y un extraordinario banco de desarrollo productivo. En los años 60 las demandas de reformas estructurales en el campo y en las ciudades, al mismo tiempo que llenaba el país de la esperanza de superar el subdesarrollo, llevó a la ruptura democrática con un golpe militar conservador en el escenario de la guerra fría.

Sin embargo, a diferencia de otros países como Argentina y Chile, los militares de Brasil, particularmente en los años 70, llevaron a cabo políticas desarrollistas que garantizaron la continuidad del crecimiento económico en una economía cerrada y con limitado esfuerzo exportador, pero se ampliaron las desigualdades sociales. Brasil llegó a ser la octava economía del mundo occidental, pero la más desigual.

La democratización de la década siguiente fue acompañada de la Constitución de 1988, que amplió derechos sociales y fortaleció las instituciones del Estado en un contexto internacional de flexibilización de derechos y desreglamentación, y una coyuntura económica interna de inestabilidad e inflación. Este marco jurídico, que era considerado anacrónico por los liberales, limitó las reformas vinculadas al consenso de Washington y le permitió a Brasil el retorno al camino del desarrollo a partir de la última década del siglo.

Las políticas neoliberales de los gobiernos de Fernando Collor de Mello (1990-1992) y Fernando Henrique Cardoso (1995-2002), al igual que la gran mayoría de los gobiernos de Latinoamérica, promovieron la apertura económica y la estabilización de precios. El costo económico y social fue tremendo. La falta de planificación en la apertura llevó a la pérdida de 1,5 millones de empleos solamente en el sector industrial de la provincia de São Paulo.

Las privatizaciones de gran parte de las empresas públicas (energía eléctrica, comunicaciones, transportes, minería, entre otras) no evitaron la explosión de la deuda pública, consecuencia de una política de estabilización basada en un cambio artificialmente valorado, hasta 1998, y las más grandes



Lula

tasas de interés del mundo a partir del 1999. El índice de desempleo aumentó durante todo el gobierno de Cardoso, así como la informalidad. El crecimiento económico, que había tenido un promedio de 1,9 por ciento al año en la década perdida de 1980, no sobrepasó 1,8 por ciento en los años siguientes. Las economías de Canadá, España y México sobrepasaron el tamaño de la brasileña.

A pesar de las políticas neoliberales el Estado brasileño construido entre 1930 y 1980 no fue completamente desmontado. Algunos importantes bancos siguieron siendo públicos, así como Petrobras, la más grande empresa del país, y las universidades. El papel de estas instituciones y la articulación entre ellas son fundamentales para comprender el camino del desarrollo en Brasil. En términos de estabilidad de precios y de las instituciones la situación de inicios de la década del 2000 era mucho mejor que la de diez o quince años antes. La estructuración del Sistema Único de Salud y la creación de programas de transferencia de renta, todavía tímidos, fueron otros logros del periodo.

Lula

La gran inflexión del Brasil contemporáneo fue la elección de Luiz Inácio Lula da Silva. El primer obrero en gobernar el país llegó al poder en su cuarto intento. El Partido de los Trabajadores había ampliado su base de alianzas, que incluyó al Partido Liberal, de José Alencar, un empresario que llegó a la vicepresidencia con Lula.

El proyecto presentado por Lula fue la construcción de un Brasil para todos. La población optó por el cambio y por primera vez el desarrollo fue entendido por el gobierno brasileño como disminución de la pobreza y redistribución del ingreso. Desde el punto de vista económico la prioridad del gobierno de Lula fue fortalecer el mercado interno y mantener la estabilidad de los precios. Sin recuperar el crecimiento económico

El nuevo proyecto de desarrollo de Brasil presenta otras características importantes: participación popular en la formulación de las políticas públicas, preocupación por la sustentabilidad ambiental y activas políticas industrial y externa. La política exterior activa llevó a Brasil a ser reconocido en diferentes espacios como líder emergente.

difícilmente se hubiera logrado crear empleos y financiar las políticas necesarias.

A pesar de la crisis internacional a partir de 2008, el crecimiento económico anual del Brasil durante el gobierno de Lula (2003-2010) fue más que el doble del promedio de las dos décadas anteriores. El salario mínimo fue incrementado significativamente por encima de la inflación en todos los años del gobierno Lula, pasando de US\$ 100 a US\$ 300 mensuales, en un periodo que fueron generados más de 10 millones de empleos. Las políticas de transferencia de ingreso ayudaron a salir de la pobreza a más de 40 millones de personas, el equivalente de la población de Argentina. La ascensión de esta enorme cantidad de personas asociada a las políticas gubernamentales para la expansión del crédito estimuló el consumo y la producción nacional.

El nuevo proyecto de desarrollo de Brasil presenta otras características importantes: participación popular en la formulación de las políticas públicas, preocupación por la sustentabilidad ambiental y activas políticas industrial y externa. Para las diferentes áreas de acción gubernamental son organizadas conferencias nacionales con intensa participación de la sociedad civil. Después de décadas de crecimiento, los índices de devastación forestal han disminuido en los últimos años, particularmente después de la elaboración en 2008 del Plan Amazonía Sustentable.

Si en los años 90 el ministro de Hacienda decía que la mejor política industrial era no trazar una política industrial, hoy Brasil ha logrado reactivar importantes parques productivos. El caso más llamativo es la industria naval. Brasil era uno de los principales productores del mundo y prácticamente dejó de producir embarcaciones hace 20 años. Petrobras compraba en Asia las plataformas y las embarcaciones necesarias para la extracción de petróleo lejos de la costa. Desde 2003 la política de compras de Petrobras exige altos porcentajes de componentes nacionales en toda su cadena de suministros. La disponibilidad de crédito público para las industrias suministradoras, asociada al acercamiento a las universidades para la innovación tecnológica, garantizó la reactivación del sector.

La política exterior activa llevó a Brasil a ser reconocido en diferentes espacios como líder emergente. Se disminuyó la dependencia política y comercial de Estados Unidos y la Unión Europea y se incrementaron las relaciones con América Latina, El Caribe, África y los Países Árabes. De manera distinta a México y Chile, Brasil no pretende ser el último de los países del primer mundo, sino luchar por un mundo menos asimétrico y por garantizar el derecho al desarrollo.

Las acciones de la presidenta Dilma Rousseff, primera mujer en gobernar Brasil, van en sentido de profundizar las políticas de desarrollo en curso y consolidar la ruptura con el pasado de exclusión, eliminando la pobreza. La organización de los dos principales eventos deportivos del mundo en los próximos años coronará a este nuevo Brasil.